

La doble equivocación

Las letras en la civilización científico-técnica

Dominique Janicaud*

Traducción de José de la Colina

Nadie niega la amplitud de las mutaciones que la ciencia ha traído a nuestro siglo. Pero si esto es evidente, ¿habremos entonces de pasar por el puente de asnos de nuestros políticos, y de nuestros filósofos de los medios de comunicación? "Prioridad absoluta a la tecnociencia, incluso en la cultura y la educación!". Este slogan de moda va a la par con la obsesión de la productividad y la competitividad en escala mundial. Venderíamos padre y madre por alcanzar a los japoneses. ¿Para qué gastar el tiempo en los estudios y las disciplinas de la literatura? La marginalización de ésta ya casi es un hecho: disminución cualitativa y cuantitativa de la enseñanza del francés, descuido generalizado de la calidad de la lengua, reducción de la literatura a producto de consumo, o, en el mejor de los casos, a factor de comunicación. En esta deriva, el obrador francófono es la coartada de las buenas almas.

Lo chocante de tal actitud, ya muy común, es que implica una definición negativa de la literatura como aquello que nos queda cuando hemos memorizado todo lo que cuenta y se contabiliza. Por supuesto, se aceptará que además hay que tener algunas letras, así como un buen departamento debe tener una terraza. Por otra parte, sería ilógico negar a los "literatos" el derecho a existir en tiempos en que se expande la civilización de los ocios. No ha de suprimirse un modo de distracción, pues las jornadas de trabajo tienden a disminuir y la tercera edad teme el aburrimiento. Seamos radicales: habría que tomar en cuenta la fusión de las facultades de Letras y del Club Mediterráneo para erigir un enorme complejo proveedor de entretenimientos culturales en todo el planeta.

Apenas exagero. La monería es doble: los tecnócratas le echan el ojo a las "ciencias duras" por considerarlas dadoras de poder (aunque con ello también buscan que se les tome en serio); muchos "literatos", por un mimetismo muy interesado, comienzan a programar sus investigaciones según los modelos de laboratorio, a "informatizarse" velozmente, a pretenderse más científicos (o más rentables) que el colega vecino. Al pie de este tobogán (en el que nos deslizamos con más rapidez que nuestros amigos norteamericanos) tal vez no esté esperándonos la barbarie absoluta, pero sí esa "sociedad dual" cuyo inquietante perfil se dibuja cada vez más claramente en el paisaje sociocultural francés.

Atrevámonos a desenmascarar una doble equivocación. La primera atañe a esas letras supuestamente conocidas y a las cuales se quisiera clasificar entre las actividades "blandas", fáciles y por ello marginales y muy poco útiles a la sociedad. La segunda concierne a la tecnociencia misma, a la cual se le confiere un poder totalizante y civilizador con el

pretexto de que globalmente produce fuerza. Las dos equivocaciones se refuerzan mutuamente. Habremos, pues, de darles una sacudida.

LO DURO Y LO BLANDO

Al parecer, los cerebros surgidos de las "ciencias blandas" (fea expresión que refleja más la blandura mental de sus autores que la de tales ciencias) se han convertido en agentes o cómplices de la devaluación de los estudios y los trabajos literarios. En realidad, la "facilidad" de las letras se postula a partir de su marginalización, y no al revés. Para demostrarla, antes se necesita hacer trampa.

Es un fenómeno conocido de la vida escolar que los alumnos no tardan en distinguir entre lo útil y lo marginal. Pero tal distinción resultaba menos del contenido de la enseñanza que de la estructura del área elegida o de la elección de valores tácitamente impuesta por la sociedad. Así, cuando en sexto año aceptábamos ser calificados con ceros en dictado musical, nuestra desventolura nada tenía que ver con la relativa dificultad del ejercicio, y aun menos con la dificultad de la música; más bien sancionábamos un estado de hecho: la condición marginal de tal enseñanza en nuestro *cursus*. Esto es lo que ocurre con las clases de "blabláblá" en las filas científicas. Y a la inversa: los "literatos" fácilmente aceptan las malas calificaciones en Matemáticas o en Física. Esta curiosa política fatalista se debe a una distinción convencional asumida por pereza intelectual.

Si el estudiante confía en que siempre podrá "arreglárselas" en materia de letras es porque el nivel de las pruebas bajará tanto como se requiera. ¿Las letras son tan fáciles? La experiencia demuestra lo contrario: no basta con el considerable descenso de las exigencias (no más dictados obligatorios, no más gramática; relajación extrema del lenguaje, abandono de la lectura); además, se reformará la ortografía, se behaviorizarán los manuales, se abolirá del todo la enseñanza de la poesía, se ignorará la tragedia clásica, etcétera. El pretexto es asombroso: las exigencias respecto a la lengua y a sus tesoros serían factores negativos de selección social. Pero —más bien al contrario— cuando se renuncia al papel formador y auténticamente selectivo de la escuela en materia lingüística, se refuerzan aún más las jerarquías y las diferencias sociales: los hijos de las clases no favorecidas no disponen ya de un lugar donde aprenderían a descifrar los textos más bellos de su cultura; no se les ofrecerá ninguna llave para apropiarse ese maravilloso instrumento al que llamamos "un estilo"; y se verán remitidos a la calle o a los medios audiovisuales, si sus cursos de francés se han convertido en lugares de registro de la inercia general. "Ben, c'est ma soeur": un manual destinado a los alumnos de cuarto y de

* Profesor de Filosofía en la Universidad de Niza; autor de un libro reciente: *A nouveau la philosophie*, Albin Michel.

tercero pide que se imagine la pregunta correspondiente a esta respuesta. Es verdad que hay una precisión: "Atención al registro de lengua": ¿elevado?, ¿corriente?, ¿familiar? Pero se buscará en vano en dicho manual¹ una definición rigurosa de cada registro. ¿Deseará usted hablar de manera "elevada", después de que se le ha dado como ejemplo de frase exclamativa: "Géniale ton idéé!"² ¿Qué imagen de la lengua, qué apertura a la sensibilidad literaria aportará esta obra ("basada en un estructuralismo riguroso")³? Si se tiene a título de gloria ofrecer muchos "documentos no literarios" para presentar las estructuras de la lengua francesa, quisieramos conocer el interés del "resto" literario —frecuentemente contemporáneo—, que en esta empresa eminentemente pedagógica sólo parece tener una función decorativa.

Sería innecesario tanto esfuerzo en rebajar la lengua francesa cuando ella misma está ya blanda y rebajada. En realidad, las letras pueden desempeñar una extremada función selectiva: la mejor prueba es que cumplieron esta función durante siglos mediante el latín, pero además mediante el aprendizaje de la gramática, de la elocuencia y la poesía, de cuya dificultad y alta dignidad nadie dudaba entonces.

El relajamiento que ha triunfado en los estudios literarios se debe, entonces, a una decisión que resulta exterior a ellos, pero que, claro está, debió encontrar ocasión y complicidad en las filas de los pedagogos. Las protestas vienen ahora de donde no se las esperaba: de los colegas científicos, a quienes preocupa la incapacidad de los estudiantes para comprender los *enunciados* de los problemas de Matemáticas o de Física. Me citaban hace poco el caso de un joven catedrático de Matemáticas que decidió comenzar su ciclo anual con lecciones de francés relativas a la terminología y a la sintaxis, pues de lo contrario su pedagogía del formalismo matemático se edificaría en la arena.

Los gabinetes ministeriales y las oficinas mediáticas deberían buenamente reconocer que son ahora los científicos, y no de los menores, los que piden la desmarginalización de las letras y la reconstrucción de una enseñanza literaria de calidad en los niveles de la primaria y la secundaria. Por ejemplo, Michel Hulin, eminente físico, director del Palais de la Découverte, ha puesto en duda la necesidad de una extensión sistemática de las enseñanzas científico-técnicas: "No será mediante un aprendizaje generalizado de los conocimientos científicos como se avanzará hacia la solución de los problemas de formación o de aculturación... Son esenciales, en cambio, las capacidades lingüísticas —y en primer lugar en francés—, la aptitud para un análisis racional en función de los presupuestos (pero no obligatoriamente en un texto científico...)"⁴. E insistía igualmente en el aprendizaje de los niveles de simbolización.

Es entonces urgente deshacer la equivocación de que son víctima los estudios literarios y que condena a nuestras generaciones teleguidadas a "zapar" desesperadamente, por no tener entrada al placer de los textos. ¿Blando Esquilo, fácil

Pascal, fofo Balzac? No basta reconocer que se necesitan esfuerzo y paciencia para abordar esas grandes obras; se necesita además distinguir y hacer compartir las emociones y las ideas que recompensan tales esfuerzos y los hacen olvidar. El que nunca ha apreciado un estilo en su absoluta singularidad (y la fusión casi alquímica de un pensamiento en ese estilo) no puede ni gustar ni lograr que se entienda el juego casi infinito de los matices y los sabores de la lengua. ¿Trabajos y placer reservados a los *bappy few*? La escuela republicana hizo bien apostando por un paso gradual y universal a la belleza y a la verdad: no cortaba la cultura en secciones blandas o duras. ¿Qué nos ha ocurrido con la revolución tecnocientífica, para que se convierta en la coartada de todos los derroteros culturales, en el abandono de la conciencia popular a los subproductos de la "comunicación"? Miremos ahora, para mejor comprender esto, la segunda equivocación, sin duda la más decisiva, puesto que explota la relación siempre fascinante entre el saber y el poder.

LA CULTURA QUEBRADA

Si se quiere remontar hasta la equivocación primordial que despoja a las letras de su función de armazón de la cultura, se debe tratar con mirada crítica el concepto de "civilización científica y técnica" que se nos quiere imponer como por natural deriva de las cosas. Se ha ridiculizado el papel de las humanidades, como si se pudiera ser científico o técnico omitiendo la preocupación por la unidad de los hombres, y olvidando, además, que el Renacimiento de las artes y las letras precedió y en amplia medida hizo posible la revolución epistemológica galileo-cartesiana.

En realidad, el proyecto de una "civilización científica y técnica" descansa en una ideología muy fechada y en realidades sociohistóricas ya dejadas atrás. Al privilegiar la actividad productora del científico, del ingeniero y el técnico, la ideología, lo quiera o no, se emparenta con el *saintsimonismo*; la encontramos en el neopositivismo (en particular, en los textos de pretensión social del Círculo de Viena)⁵ más que en el mismo Comte, que siempre se interesó en la síntesis social. Las realidades históricas fueron la sociedad industrial del siglo XIX y la de dos tercios del XX, tales como hoy se reflejan también en el productivismo marxista (a pesar de su retórica humanista). Se trata de una sociedad en la cual la población activa es puesta al servicio de la producción; aun si las necesidades de mano de obra no calificada disminuyen con los progresos de la mecanización y la electrificación, la demanda global de mano de obra es enorme e implica la diversificación de las calificaciones profesionales (de ahí el desarrollo de una enseñanza científico-técnica cada vez más especializada, que drena una parte creciente de los financiamientos de la educación). Pero el ejemplo de la recuperación deslumbrante de Alemania Federal tras la derrota de 1945 muestra que el triunfo industrial debe mucho a la calidad del "tejido" sociocultural en el cual vienen a injertarse los avances propiamente técnicos; y, a contrario, lo mismo queda demostrado con el fracaso o el menor éxito de las importaciones precipitadas de tecnociencia a naciones cuya cultura era

¹ André Hinaré - Louis Idroy, *A la découverte de notre langue, cycle d'orientation* (4e - 3e), París, Magnard, 1980, p. 255.

² Id., *ibid.*, p. 219.

³ Id., *ibid.*, p. 4.

⁴ Michel Hulin, "Les leçons de la déconvenue", *Alliage*, No. 1, otoño 1989, Niza (78, route de Saint - Pierre - de - Féric), p. 9.

⁵ Ver "La conception scientifique du monde", *Manifeste du siècle de Vienne*, bajo la dirección de A. Soulez, París, PUF, pp. 105 - 129.

extraña a ese tipo de proyecto y de actividades. Popper demostró muy bien que el progreso científico se inscribe en lo que llama una tradición racionalista, es decir en la transmisión viva de la actitud crítica y del espíritu de observación⁶; es evidente que pensaba entonces en las condiciones socio-históricas de una creatividad científica real y no en la mera recepción dócil o la asimilación mecánica de los procedimientos y los procesos científico-técnicos.

Así pues, hay que distinguir: es verdad que el desarrollo industrial exigió una movilización sin precedente de la población como fuerza de trabajo (y las ideologías tecnocráticas se pusieron al servicio de esa movilización), pero las realidades socioculturales no parecen conformarse —ni siquiera en el nivel de la actividad puramente científica— al rígido modelo titánico y productivista.

Este modelo "imperialista" es violentamente combatido, tanto por la misma evolución científico-técnica como por el despertar de las conciencias en materia de identidad y de tradición cultural.

Si bien habría que desconfiar de los clichés que intentan hacernos creer en una completa ruptura cualitativa entre la era industrial y la era "postindustrial" (la sociedad de comunicación y de simulación no ha desahuciado el productivismo, ni mucho menos), no se puede negar que la reducción del tiempo de trabajo, el desarrollo de las tecnologías "limpias" y de los servicios diversificados, la penetración de los efectos de la electrónica refinada en el tejido sociopsicológico, han introducido en el "sistema técnico" un juego y unos elementos de imprevisibilidad que son otras tantas nuevas posibilidades. Pecaríamos de ligeros si saludáramos esos elementos como seguros fermentos de liberación o de emancipación; las cosas no parecen tan claras. Pero la lección que se desprende de esta evolución relativamente reciente no debe pasar inadvertida: el carácter *unidimensional* de la tecnociencia, sin desaparecer, deja aflorar, en diversos grados, complejificaciones (sobre todo en el nivel epistemológico) y virtualidades de autonomía (desde el punto de vista psicosociológico).

Esto quiere decir que nuestros tecnócratas, en retardo respecto a una evolución compleja, cubren la olla de la actual sociedad mundial con la tapa de una totalización instrumentalizante que da señales de desgaste. Aún quieren trasponer al conjunto de la sociedad los métodos de planificación industrial cuyo fracaso social y humano es evidente. Presuponen, nada menos, que la tecnociencia forma, por sí misma, y directamente, una *unidad civilizadora*. Ahora bien: las prácticas tecnocientíficas (siempre operacionales y, en este sentido, no finalizadas) ¿pueden venir a habitar en el espacio que el humanismo deja vacante? Esta apuesta, en tanto que se la asuma, se basa en una concepción utilitarista y aun *cosista* de la cultura: como si ésta fuera resultado de la suma de conocimientos y procedimientos. Pero la cultura, como la misma vida, a la cual viene a continuar y desarrollar, es un haz de posibilidades incesantemente reactivadas: no es un depósito, sino un dinamismo; no es un movimiento puro, sino un impulso de apropiación; nunca es una conquista completa, sino una incesante reconquista. Es ese latido que la vida del espíritu, como lectura, escritura, diálogo, afirma y reimpulsa.

⁶ Ver Karl Popper, *Conjectures et réfutations*, traducción de De Launay, París, Payot, 1985, pp. 183-205.

Nos nutrimos literalmente, en el sentido en que Descartes escribe: "Me nutrí en las letras desde mi niñez..."⁷ Esta cultura viviente es simultáneamente fiel y navegante a todos los vientos; de todo impulso hace su fuerza, porque nada de lo humano (ni de lo inhumano) le es ajeno. Es mezquino detener la cultura en el humanismo clásico o en tal o cual estilo, pero no menos monstruoso es pretender reconstruir la cultura a partir de una operatividad técnico-científica a la que se mitifica convirtiéndola en una figura imperial-totalizante. Memoria y apertura infinita delimitan nuestro móvil horizonte. En este sentido, nadie es amo de la cultura, que es "una e indivisible", como nos recuerda el físico Jean-Marc Lévy-Leblond.⁸ Esta cultura (de la cual son las letras el estrechamiento mismo) puede y se debe enriquecer en el riesgo de atravesar, decir, escribir, experimentar las potencializaciones tecnocientíficas (una de cuyas venas es la ciencia ficción), y lo contrario no es verdadero: la tecnociencia no puede, *por sí sola*, erigirse como cultura. Como un despertar de la conciencia de sí a la madurez y a la grandeza, ninguna técnica sustituirá nunca a Sófocles, a la Biblia, a Shakespeare.

Léase *La busca del absoluto*, de Balzac. No se hallarán allí, como creen los atolondrados que sólo conocen el título, las divagaciones de un escritor imaginativo sobre la busca de la piedra filosofal. Se descubrirá un estudio muy preciso de la pasión por la ciencia, minuciosamente documentado en la química experimental inmediatamente posterior a los trabajos de Lavoisier. Acerca de la hipótesis unitaria, la cristalización del carbono, la combinación del cloro y el azoe, Balzac leyó a Berzelius, consultó a científicos como François Arago y Ernest Laugier. Pero, en lugar de abrumarnos con sus conocimientos, sabe ponerlos al servicio de una narración apasionante, muy concretamente sustentada en el estudio de las maneras de la rica burguesía de Douai, sobre cuyo fondo se distingue el carácter inquietante y patético de Balthazar Claës que Balzac logra hacer casi simpático a pesar de los estragos de su obstinación en querer "descomponer el azoe", que finalmente sólo lleva a la ruina de su familia y a su propia muerte: "La idea del Absoluto pasó por todo como un incendio".⁹ La mirada de Balzac descubrió el atrincheramiento de la abstracción científica, captó su fuerza, su fascinación, su peligro, y supo hacerla entrar en conflicto con los sentimientos aparentemente más extraños a este universo mental: el amor pasión, el cariño paternal. Quien todavía ignore qué milagro es la cultura, que intente comprender, leyendo este "estudio filosófico", cómo puede Balzac pretender que "los escritores nunca inventan nada"¹⁰ y simultáneamente desconcertarnos y comovernos con la más insólita de las invenciones novelescas.

Ningún otro ejemplo demuestra tan definitivamente el absurdo de una *biperspecialización* que conduce no sólo a que las letras y las ciencias se ignoren mutuamente, sino incluso, a veces, como se comprueba en los *campus*, a que un especialista en Sarraute o en Butor carezca de un lenguaje

⁷ Descartes, *Discours de la méthode*, primera parte (edición Adam y Tannery, VI, p. 4).

⁸ Jean-Marc Lévy-Leblond, in *Alliage*, op. cit., p. 4.

⁹ Balzac, *La recherche de l'Absolu, La Comédie Humaine*, Bibliothèque de la Pléiade, X, p. 829.

¹⁰ Id. postficio de la primera edición de *La fille aux yeux d'or*, op. cit., p. 627.

común con un gramático o un medievalista. Cuanto más la pasión científica catalizaba en Balzac una fértil inteligencia, tanto más la monomanía tecnocrática esteriliza lo que estúpidamente llama "interdisciplinaria". Si en principio no hay ninguna incompatibilidad entre la cultura literaria y los conocimientos científico-técnicos, el intercambio sólo puede realizarse con una condición *sine qua non*: que las letras sean ellas mismas, en la plenitud de sus cualidades y de sus posibilidades (y no se hallen reducidas a *quia*, ya condicionadas, irreconocibles, compartimentadas de acuerdo con "racionalizaciones" que les son ajenas). E igualmente, de parte de los científicos y los técnicos, su hiperespecialización cada vez mayor hace imperiosamente necesario, entre los más lúcidos, el acceso a la "cultura una e indivisible", e impone la urgencia de su renacimiento pedagógico y creador.

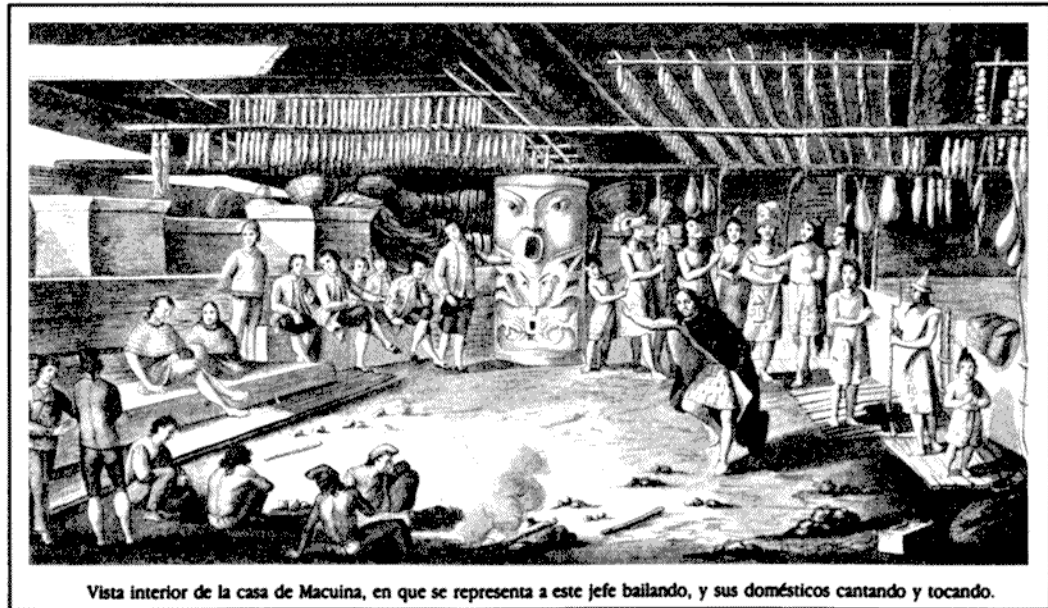
El catastrofismo es seductor: ¿la barbarie se encuentra a nuestras puertas o incluso ya intramuros? Antes que aullar, debemos medir los peligros, sin lo cual la protesta sería tan noble como vana. En realidad, actualmente no es verosímil que desaparezca, en los países desarrollados, la élite poco numerosa que sabe siempre encontrar una brecha en las barreras aparentemente más definitivas: una pausa, una alusión, siquiera un lapsus, reavivan la chispa de la simbolización; en este sentido es inconcebible que una reducción al "mejor de los mundos" lingüístico pueda definitivamente obstruir la posibilidad de una subversión de los códigos reductores. Para que la jerga tecnocrática llegue a esterilizar completamente la labilidad, sería necesario un cambio de la esencia del hombre. Esto, actualmente, y pese a los estragos de la unidimensionalidad mediático-telemática, es sólo un mito catastrofista.

El peligro real es un veneno más lento y sutil, cuyos efectos éticos y políticos no hay que subestimar: el abandono de

la inmensa mayoría de la población a la miseria cultural de ese *lo mismo da* mediático-técnico-publicitario desde la escuela, transformada ésta en guardería o, en el mejor de los casos, en lugar de animación-comunicación. Hemos visto cómo ese abandono toma como coartada a la tecnociencia y sus "imperativos"; ese procedimiento, bastante grosero, ha funcionado demasiado bien hasta ahora, gracias a la veneración de principio en que se tiene al tabú de los poderes de la ciencia. Es ya tiempo de poner las cosas en claro, impidiendo la conversión en erial (y en ghetto) del jardín de las letras.

Sólo espíritus profundamente reaccionarios, que gozan de la hiperselección que guardaría las llaves de la cultura viva para una ínfima minoría, pueden desear la disolución de las cualidades —espíritu de análisis, perspectiva crítica, sentido de los matices, de la ironía y de la complejidad de las situaciones— que habían sostenido la dignidad de la "galaxia Gutenberg" y posibilitado el ejercicio cotidiano de la democracia y de las responsabilidades civiles. Si el amor a las letras y el cuidado de su calidad se vuelven lujos no permitidos al pueblo, la República misma sufrirá de parálisis para convertirse en un desfile permanente, escaparate de un control desmedidamente eficaz de las energías en provecho de la productividad (y de la vacuidad de los "ocios" condicionados). Montesquieu, Rousseau, Michelet, Hugo, ¡retornad a la nada! Estábamos equivocados cuando dábamos por segura vuestra herencia. Hay que recomenzar todo si la atención a vuestro mensaje se reduce a leer vuestros nombres en las placas de los bulevares. ¿Qué diríais de la actual confusión de espíritu? Necesitaríamos vuestras voces, deberíamos releer vuestras obras para enfrentarnos a todos los que quieren olvidar que, para el pueblo entero, el cultivo de las letras y la defensa de la libertad deben ser indisolubles. □

© Esprit



Vista interior de la casa de Macuina, en que se representa a este jefe bailando, y sus domésticos cantando y tocando.